
Brullet: arquitectura de una generación

1998

Publicado en: AB Arquitectes de Barcelona, nº 63, Colegio de Arquitectos de Cataluña, Barcelona, mayo 1998.

Vamos hacia un fin de decenio (ha pasado volando ¿no?), un fin de siglo (con las fáciles comparaciones), un fin de milenio (esto parece pesar menos). Sin embargo, lo que suele ser una auténtica preocupación cíclica y común es más bien el "fin de mes". De hecho, el 95% de las conversaciones suelen acabar en torno a comentarios más cercanos al pan nuestro de cada día que a la arquitectura misma. Por eso, da la sensación de que debe hacerse el continuo esfuerzo de centrarse uno en la arquitectura; y permanecer en ese tajo, que son los verdaderos cimientos; pues, aunque sea más duro (más exigente) y no se vean, es lo más eficaz para asegurar la durabilidad de las superficies que nos acogen a todos.

¿Durabilidad? ¡Falta que nos hace! Sobre todo cuando está en marcha el derribo de la —al fin y al cabo— poca arquitectura que debiera preservarse para las generaciones futuras: tan sólo un 5% (¿se recuerda la polémica que tocó el verano de 1995, que marcaba ese restringido margen —real— de un 5% de construcciones no vendidas a la especulación comercial?) Un 5%... no es tanto ¿verdad? Lo demás puede saltar por los aires. Pues ni por esas...

El progresivo dismantelamiento de los logros arquitectónicos que engrosan nuestro patrimonio histórico-cultural (aunque sólo tengan 6 años pueden formar parte de él), no sólo cuenta con el beneplácito de todos los que lo promueven directa o indirectamente, y de los que lo permiten, sino también de todos los que callan pudiendo hacer algo. Pero en fin, es el eterno regusto humano de pasar a la historia: si no se consigue por carecer de aportaciones positivas se procura con negativas (¿en qué piso del infierno de Woody Allen se encuentran estos?, sí, quizá compartiendo caldera con el inventor de los muebles de metacrilato). Si no puedes verte reflejado en la historia con algún edificio, siempre puedes conseguirlo con algún derribo: unos se salvan (el "ovni", la Biblioteca de Filosofía de la UB), otros se condenan (la Seat). Si el nombre de Narcís Serra queda inscrito en la historia por ser el responsable último de construcciones como la Plaça dels Països Catalans, el Velòdrom de Horta, el CAP de Ripollet (este por extensión) ¿quién pasará a la historia por regir la ciudad cuando los echen a tierra?

"No se olvide, hoy es el bar Gambrinus, mañana puede ser usted", en una calculada operación que empezó así, poco a poco, primero con la sutil sustracción que se nos ha hecho de "los relojes del once" de la ONCE: como no hubo quejas ¡fantástico!, se sigue en esta progresión de lo que es la contracultura del traje y corbata. Que por cierto ¡y va en serio!, más allá de gustos particulares (¿aunque sea de Mariscal?, sí, aunque sea de Mariscal...), el bar Gambrinus es otra de las piezas fundamentales de la ciudad que se hubiesen debido salvaguardar de la especulación comercial, de ese arremeter contra todo lo que se pone por delante de los puntos de vista economicistas, pragmatistas, realistas. Y sin embargo, mantenerlo era bastante asequible, pues ya se ve que no se está pidiendo la conservación a ultranza de decenas y decenas de bares, ahora tan sólo de este (¿sabe?, cuando hagan el próximo "registro" me gustaría estar presente, gracias).

Se han esperado 30 años para hacer un "registro oficial" de la arquitectura moderna catalana de 1925 a 1965 (y esto no es garantía alguna de su preservación); si ni siquiera se esperase hasta el año 2025 para hacer otro de 1965 a 1995 ¿qué quedará entonces en pie de la arquitectura de la Escola de Barcelona, la de nuestros queridos "padres" y "abuelos", o no?; ¿qué aspecto tienen las plazas de Gràcia en "Blade Runner"?

Por ello, llega ya el tiempo (y ya ha llegado) en que deba empezarse a pensar y a escribir (y ya se ha empezado) sobre nuestra historia más reciente. Claro que esto debe hacerse también (y ya se ha hecho) desde una cierta distancia crítica, que al fin y al cabo la tenemos todos con nosotros mismos ¿no es así?; sin que por ello falte el justo cariño "filial", que siempre ¡siempre!, rechaza el juicio de personas (sólo propio de la mediocridad más impotente); tratando únicamente con el mundo de las ideas, mientras se comparte sin ningún problema y con sincera amistad un café.

Bien, pues, para poner el correspondiente granito de arena, se podría tomar un estudio de arquitectura que recogiese las suficientes características como para que —de alguna manera— sirviese de modelo trasladable al resto. Por lo tanto, uno con alguien que perteneciese a la misma generación e incluso a la misma promoción académica que Gabriel Mora, o que Albert Viaplana y Helio Piñón, Esteve Bonell, Josep Llinàs (este por extensión). Por ejemplo, por ejemplo, el despacho que aloja a Manuel Brullet. Situado además en un edificio de gran interés (otro que debe necesariamente ser "registrado"), al pie del Park Güell (con "k"), en una Barcelona desconocida de calles empinadísimas, cortadas al tránsito rodado por escaleras, caminos todavía sin asfaltar, sin diseño, en plena montaña aun casual y silvestre. Un edificio que precisamente es de Francesc Rius, con quién también compartió pupitre: todos esos nombres, junto a otros muchos como Carles Buxadé, Norman Cinnamond, Albert Illescas, Ignasi Solà-Morales, Salvador Tarragó ¿suenan, verdad? Es la fuerza de una promoción bien unida, ya desde sus tiempos de estudiantes, que —colegiados casi todos entre 1966 y 1967— han terminado por configurar toda una escena (y ahora la historia empieza a repetirse...): el valor de un grupo numeroso y consolidado, que por eso puede más fácilmente elevar el nivel general, con lo cual todos salimos ganando.

"Se aprendía mucho en ese ambiente, viendo el trabajo de los compañeros, y era todo un acontecimiento el enseñarnos los proyectos mutuamente. Hasta hacíamos dos proyectos cada vez, para fastidiar a los profesores, uno el que nos "encargaban" ellos, y otro el que pensábamos nosotros".

Con el tiempo, al estudio terminó por incorporarse Alfonso de Luna, que por llevar allí tantos años ya forma parte de la firma del equipo. Así que hasta en estas relaciones "paternofiliales" este despacho traza la línea de toda una historia local; de como la siguiente generación, la que comenzó sus estudios en 1977, ha surgido muchas veces al amparo de la anterior; Manuel Gausa desde Gabriel Mora (y Jaume Bach, por supuesto), Armand Fernández desde Josep Llinàs, como Alfonso de Luna desde Manuel Brullet. En este último caso, ambos y la secretaria forman una mínima base sobre la que se trabaja con flexibilidad, según las necesidades. Hoy por hoy, con cuatro arquitectos más, y un estudiante. Por supuesto, todos manejan el ordenador, en este taller cada vez más

informatizado, aunque no del todo, por "el placer de dibujar —comenta Manuel Brullet—, normalmente con pluma; empiezo dibujando esquemas y croquis, que después se pasan al ordenador." De hecho, aquí todos están bien equipados con un monitor para cada uno, en consonancia "tecnologizante" con el edificio mismo, que ya de por sí ofrece esa imagen, merced a un cuidado estudio de sus estructuras metálicas vistas, y al énfasis en la constructividad. Pues, precisamente confiar en ella, concentrando especialmente ahí la intencionalidad, es algo común en su arquitectura. Junto a ser una arquitectura que parte del contexto, que se mantiene en su lugar, con la discreción propia de la madurez y del *seny*, que mima el detalle constructivo y una racional funcionalidad: el valor de las palabras de Hermann Muthesius, "*Häuser sind zum wohnen, nicht zum anschauen*", aunque exista libertad para discrepar, claro.

"¿Que qué hacemos? Pues, trabajamos mucho, y miramos de dedicarle muchas horas a las cosas que realizamos. Esta es la clave del despacho, la dedicación; aunque en estos momentos, como en tantos despachos, estamos llegando a una situación insostenible, por que las tarifas son ruinosas; y es impresentable que cobremos la mitad de lo habitual en el resto de Europa.

Los equipos de arquitectos que trabajan con un mínimo de 'afición' irán desapareciendo. No se trata tanto de si un arquitecto lo hace bien o mal, sino que lo que interesa es la dedicación y el esfuerzo que puede poner en las obras que está haciendo. Cuando te encargan un proyecto tienes que dedicarle unas horas a pensar y a producir ese proyecto. Es decir, hay unas horas mínimas de dedicación, que están reguladas también por los mínimos que cobras. Entonces, es cuando se da ese corte tremendo, pues no hay correspondencia entre ambas cosas.

El buen ejercicio profesional se hace más y más difícil con los honorarios que hay, si se quiere mantener un nivel de exigencia elevado. Sin ir más lejos, ante todo lo que se llega a pedir en los encargos de la administración, los que fundamentalmente trabajamos para ella nos encontramos atrapados, sin salida. En los despachos se masca el drama, que tiene poco que ver con la evolución tecnológica: en este sentido, aquí estamos bastante bien, pues los niveles de informatización existentes en Barcelona son superiores a los que hay en Alemania, por ejemplo. Sin embargo, es impresentable la explotación que en estos momentos se está haciendo de los arquitectos, con este pretendido liberalismo.

Actualmente, para ser arquitecto has de ser rico, sino no puedes ejercer de arquitecto. La arquitectura es una profesión de aficionados, por que no se entiende si no es desde la afición. Pero, ya hace uno o dos años que no recomiendo que se estudie arquitectura; y esto es terrible, pues es como una mutilación personal; un trabajo que te gusta tanto, que está tan bien, y que esté maleado por tantas cosas. El problema de encontrar trabajo es grave, para la gente joven y también para nosotros cada vez más. Pero aun es más grave, o mejor dicho, más frustrante, si lo tienes y no lo puedes hacer bien. Hoy en día, un gran tanto por ciento de arquitectos se mueven —como yo— por voluntarismo; o sea, poniendo muchas horas y esfuerzo en cada proyecto; pero con todas esas horas, no compensadas, claro, esto no se aguanta por mucho más tiempo. Y defender así a los arquitectos es defender la arquitectura: defender la buena arquitectura es defender a los arquitectos con esa autoexigencia ante el hecho de proyectar".

Bien, bien, de acuerdo; lamentablemente se ha acabado el espacio y el tiempo; gracias y hasta siempre.

Alberto T. Estévez, arquitecto